



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

BAKALA KIMANI

11-M El banquete de los buitres

[fragmento]

Edición impresa

Bakala Kimanil, *11-M El banquete de los buitres* (2015)

En

Bakala Kimani, *11-M El banquete de los buitres* (2015), pp.21-26.

Edición digital

Bakala Kimani, *11-M El banquete de los buitres* (2017)

Claudine Lécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Junio de 2017



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades»(FFI2013-44413-R) .



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



11-M El banquete de los buitres

Bakala Kimani

El teléfono sonó. Sonó. Sonó más fuerte que nunca. A esa hora de la mañana era más bien raro recibir llamadas. Nadie se atrevió a levantarse para descolgar. “¡No, no puede ser! Hay que dejar a la gente dormir en paz. No se puede ni descansar. Apenas acostado, hay que levantarse. ¡Dios mío! ¿qué mundo estamos construyendo?” murmuraba yo. Ignoramos las llamadas que se hacían cada vez más insistentes.

Se escuchó luego la dichosa melodía del móvil de mi amiga Elena. “¡Ah! Era su llamada. Y yo que estaba apunto de interrumpir mi dulce y sagrado sueño para descolgar el teléfono: “¡Maldito quien la llama! seguía murmurando. Obviamente Elena descolgó el teléfono. No tenía elección: o descolgaba el teléfono o pasábamos todos un cuarto de hora horrible, ya que la maldita melodía de su teléfono móvil dura una eternidad. Y es una melodía tan triste y lenta que termina por poner histérico a quien la escucha. Pero a Elena le gustaba. Le gustaba esa melodía como le gustaba todo lo que era melancólico.

Era curioso su gusto por las cosas oscuras, sombrías, tristes, poco comunes, etc. Esto contrasta radicalmente con la idea que el mundo se hace acerca de la gente de nuestra ciudad y de nuestro país. Nosotros cantantes y bailarines de flamenco, nosotros gentes alegres y calurosas de Europa, nosotros quienes teníamos antepasados africanos que pasaban días y noches cantando, bailando y bebiendo... Nosotros herederos de la alegría de los sempiternos felices latinoamericanos... Era un contraste fuerte, demasiado fuerte incluso. Y tan fuerte que los cuadros de pintura de Elena suscitaban piedad, tristeza y al mismo tiempo rebellón.

El teléfono de casa volvió a sonar. Esta vez Elena se precipitó al salón, lo descolgó y habló unos minutos. Yo notaba tristeza en su voz, como por efecto del sueño interrumpido. Y cuando colgó el teléfono, Elena dio un grito de horror. Se desplomó en el sofá y encendió la televisión Me llamó con insistencia.

A mí no me gusta que me molesten cuando duermo. Soy originario de un pueblo que ha hecho del sueño un sacramento. Mã Mbemba, mi hermano religioso, decía siempre que el sueño res el octavo sacramento. No sabía a qué se refería denominándolo así. Habría preferido que fuera el primero. Pero no. Era el octavo sacramento según el reverendo sacerdote Mã Mbemba.

Sin duda hay una causa del sueño o, para hablar como a él le gustaba hablar, el sueño tiene sus causas. Y las causas del sueño son también sacramentos. Estas causas son múltiples y variadas; algunas conocidas y otras desconocidas: hay causas agradables, otras no. Comer, beber, por ejemplo, son causas del sueño, son sacramentos. Bailar y cantar también conducen al sueño, por lo tanto son sacramentos. Y sobre todo hacer el amor. ¡Eso sí! Puede parecer inmoral, pero es verdad. Una buena dosis de amor, sobre todo por la noche, conduce necesariamente a un dulce sueño. Un sueño hecho de

embriaguez y reminiscencia. Pero eso, el reverendo Mâ Mbemba no lo decía. No. Él era sacerdote, y los sacerdotes por profesión no deben decir ciertas cosas. Es la razón por la que el reverendo sacerdote Mâ Mbemba no se atrevía a elaborar grandes teorías sobre la sacramentalidad del sueño. Para ser sincero, no fue él quien inventó esa teoría. Es algo que está en lo más hondo de nuestro pueblo que adora dormir, un pueblo que venera el sueño, un pueblo que solo se siente feliz por la noche, cuando se duerme. Nuestro pueblo es una maravilla. Tenemos la suerte de adorar el sueño y de dormir como ningún pueblo del mundo duerme. ¡Oh, cómo envidio a mi pueblo!

Nunca le había dicho a mi amiga Elena que fui concebido en pleno sueño y que nací durante el sueño de mis padres. No, nunca pensé en decírselo. En los más de tres años que cohabitábamos, nunca se había atrevido a interrumpir mi sueño. Aquel día fue la primera vez. "Ah, mi reverendo sacerdote Mâ Mbemba, cómo me acuerdo de él". Si estuviera en mi lugar, se habría levantado de su cama, habría cantado rápidamente sus laúdes, habría salido con una cara furiosa como un macho encolerizado y se habría puesto a sermonear a mi pequeña Elena antes de saber el motivo de su apelación. En este punto, hay una gran diferencia entre el reverendo sacerdote Mâ Mbemba y yo. Es cierto que tenemos la misma sangre: la sangre caliente de personas siempre en movimiento. Algunas voces decían también que teníamos las mismas características fisiológicas, como gemelos. Pero la verdad es que no reaccionamos igual. No obstante, no dejaría escapar esta ocasión de oro que me ofrecía Elena: "Me vestiré del hábito del reverendo sacerdote Mâ Mbemba, mi hermano, y la sermonearé como un buen sacerdote negro". ¡Ah no! Lo haré como un humilde y agradable negro sacerdote. Está dicho.

Entonces salí de mi habitación, fingiendo estar furioso para intimidar a esta pequeña artista española que nunca ha sabido que no se molesta a un negro cuando duerme. Pero mi furia sólo duro un momento ya que el espectáculo que me ofrecía Elena distaba mucho de lo que yo me podía imaginar. Repantigada en el sofá, miraba la televisión con aire cortado, fumando su cigarrillo. Desde lejos percibía las lágrimas que inundaban su cara. Me acerqué a ella y la cogí entre mis brazos, me puse a secar sus lágrimas mientras la apretaba contra mi pecho "El tiempo se ha detenido!" dijo con una voz débil, apenas audible, como para invitarme a que viera con mis propios ojos el horror que la paralizaba. Y naturalmente lo vi. ¡Qué crueldad! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué, Dios mío?

El teléfono sonó. Sonó. Sonó una vez más. Era mi compatriota Patrick Ouamba que quería asegurarse de que todo nos iba bien. Se notaba mucha pena y un gran dolor en su voz.

Patrick Ouamba era delgado, de tez café con leche, aparentemente tímido. Se expresaba generalmente con excitación, siempre sonriendo, comunicando a sus interlocutores su alegría de vivir. Es de los que se dice que nacen con estrella: guapo, hermoso, introvertido, poco hablador, con una capacidad intelectual por encima de la media. A mi compatriota Patrick Ouamba le gustaba vestirse de manera meticulosa y esmerada con un estilo bien elegante, de buena clase, como la mayoría de la gente de mi país. Su apariencia de pijo ocultaba una naturaleza sencilla y bonachona.

Aquella mañana, cuando me hablaba, no le reconocí. La verdad es que desde que nos encontramos en este país, nunca lo había visto en un estado anímico similar. Su voz traicionaba una

profunda emoción. Le aseguré que no me había ocurrido nada. Luego volví al lado de Elena que no dejaba de llorar.

Este doloroso espectáculo de lágrimas, de fuertes emociones, de luto, de angustias, me apenaba profundamente, pero no lloraba. Ya no me quedan lágrimas. Me sentía consternado. Pero la verdad es que no lo hacía aposta. Había llorado demasiado en mi vida. Diría incluso que he pasado los más tiernos años de mi vida llorando. Esto justifica seguramente mi falta de lágrimas. Más de diez años de guerra en mi país, varios meses de marcha forzada, las continuas torturas que sufrí, el saqueo de nuestras casas y bienes, las persecuciones de todo tipo y de todos los lados... habían acabado por secar mi depósito de lágrimas. Mis lágrimas se secaron, ya que su fuente no es desgraciadamente inagotable. Por eso sólo podía llorar interiormente. Elena, mi amiga, lo sabía. Ya se lo había explicado. No había podido ocultarle la dolorosa historia que había secado mis lágrimas. Solo se dio realmente cuenta el día en que vimos juntos las imágenes del hundimiento de las torres gemelas del World Trade Center. Ella se hundió en lágrimas, yo al contrario parecía triste, pero ninguna lágrima asomó a mis ojos. Ese día creyó, en primer lugar, que por ser africano yo era cómo un pedazo de hielo con respecto a la tragedia que se estaba produciendo en los Estados Unidos. Pero no me dijo nada. Al menos ella no me trataba de africano sádico como lo hacía la reina de la Mifi, mi amor adorado y soñado de toda la eternidad. No. Elena me observó y su mirada interrogadora me obligó a darle explicaciones. Es pues, desde el 11 de septiembre de 2001, que mi amiga Elena supo que no lloro como llora todo el mundo